

El ombligo de los arquitectos

Jose Eduardo Guerra Dehesa

Este texto es una crítica hecha desde la experiencia de estudiar y ejercer la arquitectura como oficio y como profesión. Está dirigida a cuestionar el discurso de quienes han definido el concepto "arquitectura" desde algún espacio de poder como la docencia, la industria editorial, el mercado inmobiliario y, recientemente, los medios digitales y sus redes sociales. Plantea cuestiones encaminadas a detonar la autocrítica desde el gremio de la arquitectura.

The Belly Button of Architects. This article is a critique arising from the experience of studying and practicing architecture as a trade and a profession and aimed at questioning the discourse of those who have defined the concept of "architecture" from a site of power, such as teaching, the publishing industry, the real estate market and, recently, digital media and social networks. This article asks questions aimed at triggering self-criticism within the field of architecture.

Palabras clave

crítica
discurso
arquitectura
poder
individualismo

Keywords

critique
discourse
architecture
power
individualism

La palabra "arquitectura" se ha convertido en la muletilla de nuestro discurso profesional; esa palabra intercalada con excesiva frecuencia en textos, publicaciones, congresos, cátedras, charlas y exposiciones sirve hoy para evadir el complejo asunto de dialogar, criticar, autocriticarse y tomar partido. Muchos publinreportajes se convierten en "documentos para la historiografía de la arquitectura" dignos de estantería por el simple hecho de titularse "Arquitectos esenciales", "Arquitectura feliz" o "Arquitectos de tal o cual país". Un evento "de interés arquitectónico" organizado desde la academia, la iniciativa privada o la burocracia gremial (instituciones colegiadas) merece atención no tanto por su enfoque, su temática o su nicho de investigación, sino porque "viene el arquitecto famoso" –el mismo cuyo proyecto y rostro salió hiperretocado en varias revistas–, "porque a lo mejor el arquitecto nos revela algo del secreto de su éxito" –aunque tengamos ya muy claro cuál es el "secreto"; no hay peor engaño que el autoengaño–, "porque nos mandan los arquitectos (profesores) de la escuela; ellos dicen que la arquitectura de este arquitecto trasciende lo arquitectónico", o porque "expone tal firma o tal despacho que tiene una trayectoria arquitectónica relevante" –no se suele mencionar el por qué o para quién es relevante el trabajo, porque habría que mencionar casi exclusivamente al organizador o al patrocinador del evento. La condecoración que luego se vuelve instrumento mercadológico la otorga un grupo político, empresarial o académico sectario; el reconocimiento casi nunca viene de los destinatarios finales del trabajo o la obra del laureado, es decir, de los lectores, usuarios o habitantes.

El problema del discurso vacío o confuso alrededor del concepto "arquitectura" no es directamente causado –aunque sí influido– por los grupos de poder del gremio –lo cual no es exclusivo de nuestra profesión, ya que las jerarquías siempre han caracterizado y caracterizarán a las organizaciones humanas. El daño lo provoca el mar de los intereses que buscan apropiarse, atribuirse o sintetizar sus valores y visiones parciales en un único concepto, y terminan vaciándolo de su contenido esencial; esto significa que, al pretender sintetizar y expresar tantas cosas con la palabra "arquitectura", terminamos por ser incomprensibles.

Pero el discurso en nuestro gremio no es sólo verbal. La poderosa capacidad comunicativa del lenguaje gráfico que sabemos y podemos generar se limita y se dirige a propósitos banales. Van y vienen en el mercado editorial ediciones de lujo en *couché* plagadas de imágenes ultraeditadas –sin gente y sin habitantes, como si el único objetivo de la profesión fuera producir esculturas eternamente diáfanas, espacios perpetuamente sobrios, de acuerdo al famoso sonsonete que dice “la arquitectura es el juego sabio, correcto y magnífico de los volúmenes bajo la luz...” pero, al parecer, sin vida humana que los ronde–. Estas mismas imágenes aparecen al por mayor en las páginas web de muchos despachos de arquitectura, oficinas de arquitectura o talleres de arquitectura –¿cuál es la diferencia entre despacho, oficina y taller?–.

Hoy las instituciones educativas de arquitectura, las publicaciones de arquitectura, los sitios *online* de desarrolladores de arquitectura (inmobiliarios), los canales de videos promocionales de firmas de arquitectura o los perfiles de redes sociales de cualquier organización orientada a la arquitectura tienen en común la búsqueda de algo tan intangible y efímero como *followers* y *likes*, porque así se valida ahora “la presencia” o “el alcance”. Las empresas de tecnologías de la información ofrecen “seguidores” y “me gusta” a quien pueda pagar por tenerlos. Quien capte más de ellos adquiere el arbitrario poder de crear a “la joven promesa de la arquitectura”, “el arquitecto más importante e influyente de esta generación”, “la arquitecta de vanguardia *face to watch* del año”, “el *emerging voice* del momento”, “uno de los cincuenta nombres de la arquitectura global” o convertir una serie de ponencias (en línea o en vivo) en “el evento más importante de Arquitectura” –así, con A mayúscula– debido a la “exclusiva presencia”, en el presidium o en la pantalla, de “reconocidos arquitectos” cuya “postura arquitectónica” viene explicada por ellos mismos a través de obviedades adornadas por vericuetos conceptuales.

El asunto crítico no está en querer vender un producto o una idea, sino en pretenderlo con un discurso vacío, confuso o artificioso en extremo. Las palabras “arquitectura” o “arquitectónico” se han vaciado de contenido y ahora son parte del implícito *storytelling* asumido por algunos estudiantes y agremiados –¿serán la mayoría?– que prefieren verse más *chic* y *nice*, y *posturear* con la aparente “seguridad” que aporta la síntesis de los vocablos antes que reconocerse en la comprometedor situación de explicar, ahondar o profundizar sobre el propósito, las intenciones o la razón de ser de ellos como individuos (arquitectos) y de su actividad profesional (arquitectura).

No es un error dotar al trabajo de un *storytelling*; sí lo es cuando la historia para sustentar ese trabajo está basada en una indefinición que esconde pretensión y vanidad.

Los principales afectados por el vacío conceptual en que ha caído la palabra “arquitectura” son los estudiantes de esta carrera, aquéllos que la ejercerán en el futuro. Las “entregas” o exposiciones de trabajos estudiantiles carecen de investigación documental, no hay rastro de visitas a acervos o bibliotecas especializadas, ni sustracción, apropiación o representación de conceptos de diseño. En cambio presentan una frase o cita sintética –la estrategia de la frasecita– de Bachelard, Duchamp o Serrat con poca relación con el tema del ejercicio; el análisis de casos análogos consiste en una foto apenas comentada de alguna obra de Ingels, Norman o el arquitecto estrella del rumbo –a esta lámina la titulan “Investigación arquitectónica”, pero sería más claro y sincero si la titularan: “Me voy a ir rápido en la construcción del argumento”–. En el análisis del sitio

y el entorno no hay muestras de una genuina aproximación a aquél ni datos históricos, sólo fotos descargadas de internet, pobremente explicadas, que muestran tres calles contiguas al terreno del ejercicio; el estudio de la población y de los usuarios objetivo no es más que la impresión de una pirámide poblacional encontrada en algún PDF elaborado por algún burócrata hace diez años –a esta lámina la titulan “Análisis urbano-arquitectónico”, cuando resultaría más acertado llamarla: “No sé qué relación tiene esta información, que no es análisis, con mi proyecto”–.

Los trabajos estudiantiles se caracterizan por la falta de datos de elaboración propia, de diagramas de relaciones espaciales, de funcionamiento y de situaciones; no hay esquemas de distribución de locales, de partido, ni de emplazamiento; carecen de registro del proceso creativo, primeras imágenes y conceptualización; no hay análisis de áreas tributarias ni de prospectivas o futuras progresiones; no hay planteamiento de recorridos, de secuencias espaciales, de flujos, de jerarquías ni de composición –a veces hay una tabla titulada “Programa arquitectónico”, pero éste suele ser genérico y apenas adaptado al ejercicio–. En cambio, hay plantas, cortes –perspectivados gracias a algún software–, fachadas y *renders* con poco o nulo sustento, siempre perfectamente ambientados y maquillados digitalmente –a estas láminas las titulan “Propuesta arquitectónica”, mientras que sería más realista nombrarlas “Imaginario que vacían de contenido el diseño del hábitat, pero lo retacan de apariencias”–.

Han visitado las exposiciones –de autocondecoración– y han asistido o se han conectado *online* a los simposios –soliloquios– de las “firmas” que se anuncian en los sitios web de arquitectura más reconocidos; sin embargo, al desconocer las raíces filosóficas de la modernidad y su debacle, siguen planteando arbitrariedades: conceptualizan espacios refiriéndose a imágenes, proponen ambientes inconexos con el entorno, definen como sustentable un proyecto por el simple hecho de dotarlo de ecotecias, eligen envolventes, estructuras o materiales porque les “vibran”, les “laten” o “son contemplativos”.

Pocos saben cómo enriquecer sus propuestas desde los paradigmas de la actualidad, es decir, desde la complejidad y la contradicción –conceptos horrorizantes y horrorizados para y por el conservadurismo–; no todos pueden distinguir entre realidad, situación, forma, imagen y apariencia, mucho menos pueden decir cuál es consecuencia de cuál –la modernidad planteaba formas para generar situaciones; contrario a eso, ¿se podrían ahora plantear situaciones antes que formas?–. En cuanto al desarrollo de habilidades, capacidades y aptitudes para el diseño de espacios, pocos han oído hablar de los elementos de función múltiple y menos son conscientes de estarlos proponiendo; ignoran cómo obtener las lógicas del territorio a partir de sistemas de información geográfica (GIS), y aún más, cómo emplearlas como sustento conceptual; no muchos han tenido contacto con el qué, cuándo, para qué, cómo y con quién trabajan los urbanistas, planeadores, desarrolladores, políticos, politólogos, empresarios, ingenieros –no sólo civiles o estructuristas–, activistas sociales, sociólogos o científicos... menos se puede esperar que colaboren con ellos en un futuro, que los aportes de esas carreras y actividades se integren fácilmente a nuestra profesión o que podamos retribuirles desde nuestro quehacer.

Es un hecho que las habilidades, capacidades y aptitudes para el diseño y construcción de espacios son y serán mayormente explotadas por quienes estén en condiciones socioeconómicas más favorables para acceder a la posesión de un despacho, un puesto, una jefatura, un posgrado, una dirección o cualquier otro coto de poder –como ocurre en todas las profesiones y organizaciones–; sin embargo, el problema del discurso vacío o confuso alrededor del concepto “arquitectura” no radica tanto allí, sino en pretender



Nuevo etiquetado para arquitectos
Jose Eduardo Guerra, 2021

y difundir que las habilidades, capacidades y aptitudes para el diseño son –casi irrevocablemente– particulares o exclusivas de un personaje, un grupo, una firma, un método educativo, o que se desarrollan únicamente en ciertas escuelas, “círculos” o “ambientes”.

La palabra “arquitectura” engloba tantos significados o posturas que su sentido se ha extraviado –o acaso es la mercadotecnia la que ha cambiado el sentido del concepto para dotarlo de valor de uso y valor de cambio; con frases del tipo “el lujo no está en la posesión sino en el uso” según Aristóteles y “las cosas son lo que tú quieres que sean” de acuerdo con algún eterno puberto caprichoso–. El vacío conceptual no es un problema exclusivamente léxico, no se pretende que se sustituya ahora la palabra “arquitectura” por otras que tengan relación semántica para “parchar” el discurso y disimular el vacío –por más que esto sea un buen ejercicio de autorreflexión–. Se trata de reconstruir el discurso asumiendo, aceptando y confrontando el problema de la vaguedad. Hay que partir de que la constante aparición de la “arquitectura” como muletilla denota una falta de conocimiento del propio campo, además de la ausencia de sensibilidad respecto a lo que ocurre en otros; tenemos que aceptar que con nuestra cerrazón hemos construido un cerco o una delimitación –pretendidamente infranqueable– que se confronta con su fragilidad cada día que encuentra menos espacio y razón de ser en el contexto contemporáneo, es decir, en la inter y en la transdisciplina; en la interconexión y la interrelación de ideas, posturas e intereses.

El arte –como el trabajo, el oficio y la profesión de la arquitectura– consiste en plantear posibilidades, romper tradiciones, renovar lo establecido y cambiar dogmas tanto de forma como de fondo. No es en el “qué hacemos”, sino en el “cómo lo hacemos” donde nuestro oficio, profesión y arte sigue muy vinculado al poder centralizado, al egocentrismo, a la relevancia, al culto a la personalidad, a la omnipotencia, a lo que se asienta, lo que permanece, lo que se conserva y lo conservador. Por lo tanto es necesario evidenciar la necesidad de democratizar los procesos creativos del oficio; por ejemplo, mediante el fomento de la participación y la crítica entre y hacia todos los integrantes de un equipo de trabajo. Un edificio, una intervención urbana o cualquier espacio realizado por medio de nuestra profesión no es autoría de un solo individuo, ni se debe a un único gestor, grupo, coordinador, gobierno, institución, inversor, director o consorcio; aunque existan las jerarquías, el hábitat humano es siempre una obra colectiva.

La colectividad hoy también implica que la inter y la transdisciplina tomen muchos rumbos para adaptarse a las complejas encrucijadas de intereses: diseño participativo, diseño desde la asociación público-privada, diseño con perspectiva de género o diseño generativo son ejemplos propositivos de interrelación y coordinación de conocimientos, aunque también de cierta apropiación de nuestros campos de estudio y de trabajo por parte de intereses políticos, comerciales, económicos o industriales. Para reconocer si dicha apropiación sucede con nuestro consentimiento (gremial o individual), lo más necesario es desarrollar la autocrítica –¿por qué hago lo que hago?–. También hay que aceptar que el miedo a la inter y a la transdisciplina es en realidad un miedo a tomar partido –quizá porque el hacerlo nos confronta abiertamente con la colectividad, es decir, con el diálogo, la crítica y la negociación de intereses, a lo que pocos románticos creadores están acostumbrados–. La nueva axiología de los creadores –que ahora podrían llamarse “propositores”– de espacios contemporáneos no debería desestimar el alcance ético de nuestro trabajo, pues el dilema moral profesional no radica en tomar partido por algún interés, sino en cuestionarse, responderse y hacerse responsables del cuándo, para qué, cómo y con quién se toman decisiones; es decir, son las circunstancias y no el hecho de asumir una postura lo que nos confronta con nuestro sentido moral.

En suma, es el desarrollo de la autocrítica lo que nos llevaría a reconocer a qué intereses servimos, a cuestionarnos por qué actuamos como actuamos. En definitiva, nos confrontaría con la responsabilidad de las consecuencias de nuestras decisiones. Buena parte de nosotros elegimos esta carrera –en un principio y hace ya mucho tiempo– por satisfacer nuestras (in)conscientes y profundas necesidades megalomaniacas, pero éstas tienen ya poca cabida en un mundo diverso, plagado de ciudades y sociedades complejas y contradictorias que ahora requieren interventores, conocedores de los lugares que pisan, en mayor cantidad que creadores encerrados en una burbuja, ensimismados en su propio lenguaje –supuestamente porque así se “trasciende”– y ajenos al exterior.

En esta carrera hay sitio para que la intervención y la creación se entremezclen –nada es absoluto–, pero las sociedades contemporáneas demandan más trabajo en progreso (*work in progress*) que lenguajes acabados, recetas, instructivos o dogmas. Por ejemplo, en la industria literaria: el hecho de que ciertos productos (*best sellers*) se vendan masivamente o se organicen eventos para entregar medallas a “reconocidos mentores del

lenguaje” no significa que sean los lectores quienes condecoran a los autores; si existe alguna forma de condecoración así orientada, consiste en que el lector integre a su propia vida, a su labor o a su escala de valores, aquello que le ha transmitido una obra, no tanto las personas que la hayan realizado. Esta integración se da porque los autores o creadores –así, en plural– de los discursos, textos u obras han apelado a la inteligencia y al descubrimiento propio por parte de quien los escucha, los lee o los observa. Un discurso tiende a la pretensión cuando no apela, no considera o desestima la capacidad intelectual y de “darse cuenta” del otro a quien se dirige. Igualmente los usuarios y habitantes de cualquier espacio construido no condecoran a un creador o a una firma al posar para unas fotografías –pretendidamente sonrientes o cómodos– en los espacios que aquéllos han diseñado, sino al usar, construir y deconstruir constantemente dicho espacio. Con ello demuestran encontrar en él la flexibilidad para adaptarlo y transformarlo conforme a sus necesidades –desde las básicas hasta las estéticas–; a medida de sus voluntades –desde las individuales hasta las políticas–, y según los intereses propios y del entorno (físico, ambiental y social) que los rodea –el entorno no son únicamente las tres calles alrededor del proyecto–. En resumen, se trata de confrontar a un gremio que “gira sobre su propio eje” mientras permanece ajeno a lo que ocurre en disciplinas directamente relacionadas (geografía, urbanismo, arte o ingeniería), con pocas herramientas teóricas y con una carencia de lenguaje verbal –y gráfico también, aparentemente– para explicar sus ideas, posturas e intereses.

La reconstrucción del discurso profesional no es tarea de un solo individuo –¿arquitecto?–, grupo –¿de arquitectos?– o simposio –¿de arquitectos?–; ni de una sociedad –¿de arquitectos: A.C., ONG?–, conjunto de estudiantes, certificador –¿de arquitectura LEED, ITDP?– o empresa –¿de arquitectura?–; ni del planteamiento de un movimiento, corriente o estilo –¿de arquitectura?–; ni de una oficina, taller o despacho –¿de arquitectura?–; ni de un teórico, manifiesto o academia –¿de arquitectura?–; ni de una exposición o de un crítico –¿de arquitectura?–; ni de un tratado, posgrado, publicación, especialización, colegio, eminencia o congreso –¿de arquitectura?–; ni de un festival o coloquio –¿de arquitectura?–; ni de una escuela –¿de arquitectura?–; ni de una historiografía –¿de la arquitectura?–; ni de un constructor, desarrollador, (mega)proyecto u obra –¿de arquitectura?

Ninguna parte de toda esta atomización –que está ocurriendo u ocurrirá– es o será la panacea del cambio, porque es necesario dejar de hablar en singular y abandonar la actual vaguedad del término “arquitectura”. Toca al gremio en general, desde todas sus perspectivas y organizaciones –habidas y por haber; en las que nos encontramos y trabajamos, en las que ahora ejercemos o con las que algún día lo haremos, y no sólo las educativas–, afrontar el miedo a la pérdida del “prestigio”. Hay que reconocer lo que se esconde en la manía de verse el ombligo tan a menudo, y aceptar que la “plusvalía” o el “privilegio” que aporta el ser arquitecto desde cualquier tipo de organización ya mencionada, ha estado basado en un coto de poder –vedado a la sociedad, a los clientes e incluso a los colegas– donde aún son pocos quienes tienen realmente claro qué es la arquitectura y saben cuándo, para qué, cómo y con quién se hace.

Jose Eduardo Guerra Dehesa

Arquitecto,

Facultad de Arquitectura,

Universidad Nacional Autónoma de México

sitiocontexto@gmail.com

www.sitiocontexto.wordpress.com